

PROYECTO Ghost Walker : el ruido urbano como constructo antropológico estético (guía mínima para entender los sonidos de la ciudad)

Manuel Rocha Iturbide ^{1, 2}
manroit@prodigy.net.mx

Introducción

El proyecto *Ghost Walker* propone la contraposición temporal de un trazo geopolítico histórico del imperio de Maximiliano en los entonces alrededores rurales de la Ciudad de México (años sesentas del siglo XIX), trasladándolo un siglo y medio después sobre la urbe cosmopolita del Distrito Federal.

Los trazos antiguos de unos canales alrededor del Camino Real –más tarde Paseo de la Reforma– deben ser recorridos de nuevo, pero ahora con las modificaciones, *trazos quebrados*, que el nuevo plan urbano impone. Mi experiencia como escucha me ha llevado a realizar diversas obras de música electroacústica y de arte sonoro tanto conceptuales como antropológicas, basadas en los paisajes sonoros que nos rodean. Un ejemplo es *Boom Box Project* (2003) donde reúno, en un disco, recorridos sonoros por distintos países, acompañándome de una radio o grabadora de pilas, que suena tocando música, mantras budistas, etc. Otro ejemplo es la intervención del Fuerte de San José en las afueras de la ciudad de Campeche, hacia donde trasladé a la comunidad de la ciudad para confrontarla con fragmentos de sus actividades y sonidos cotidianos por medio de grabaciones y clips

1. Artista sonoro y compositor. Doctor en Artes Musicales por la Universidad de París VIII. Profesor invitado del PMDM -UNAM, y profesor investigador titular en la UAM -Cuajimalpa, Distrito Federal. Ha sido miembro del Sistema Nacional de Creadores de Arte.
2. El autor agradece a Cinthya García Leyva y Arturo Hernández Alcázar, por su acompañamiento durante la experiencia de paisaje sonoro que aquí se relata.

de video dispuestos en las hendiduras por las cuales eran apostados los cañones del antiguo fuerte.³ En los últimos años también he realizado varios artículos teóricos en relación al paisaje sonoro y la escucha para intentar analizar distintas posibilidades de relacionarnos con los sonidos que nos rodean día a día.⁴

En este nuevo proyecto al que fui invitado por Claudia Arozqueta y Rodrigo Azaola, me interesaba realizar un estudio de la experiencia de la escucha de un recorrido a partir de distintos oídos, y sin intentar realizar una obra estética *per se*, sino una investigación que en sí misma la constituyera el proyecto desde diferentes ángulos de la interdisciplina.⁵ Mi intento fue el de averiguar distintas maneras de traducir la experiencia de escucha de un recorrido determinado sin tener que utilizar el sonido –es decir, la grabación de ese recorrido– y buscar entonces disímiles tipos de lenguajes que pudieran suplir al aparato mecánico registrador. Buscar lenguajes que enfocaran distintas estrategias, la literaria, la filosófica, la antropológica, la semiótica, etc.

En los intentos de realizar un recorrido forzado, obligado, existen sin embargo maneras múltiples de hacerlo, a distintas horas del día, diversos días de la semana, lentamente o con prontitud, etc. De aquí mi interés por escuchar ese trayecto con oídos que no fueran los míos e invitar a dos personas más a colaborar conmigo para así poder encontrar variadas gamas, no solo de la escucha, sino también de la sensibilidad y del pensamiento de distintos individuos.

Invité a la investigadora en letras comparadas Cinthya García Leyva, por el trabajo que desarrolla actualmente en torno al pensamiento artístico polisémico de Ulises Carrión y al artista visual Arturo Hernández Alcázar por su interés en la maquinaria capitalista del trabajo en relación al individuo. Ellos dos, que no son músicos, y yo desde un ángulo principalmente sónico, podríamos entonces establecer un diálogo interesante y enriquecedor.

El recorrido obligado al cuál fuimos sometidos los artistas invitados al proyecto representa de entrada un tema fijado, no solamente a nivel conceptual sino a nivel gráfico

3. Esta obra fue un encargo para el proyecto *23 Zonas* en 2004, en el que 23 artistas intervinieron 23 sitios históricos mexicanos protegidos por la UNESCO.

4. Los artículos son: “Estructura y percepción psicoacústica del paisaje sonoro electroacústico” 2009, y “La escucha como forma de arte” 2014.

5. La investigación como forma de arte.

(¡aquí si existe un grabador!). En mis múltiples recorridos de escucha –yo sólo o con los alumnos de los talleres que imparto continuamente–, el libre albedrío y el azar son elementos que nos permiten una escucha abierta y de carácter estético. El tiempo también es una limitante importante, ya que una escucha atenta a un recorrido difícilmente puede lograrse si excedemos un tiempo promedio de 15 minutos. El recorrido impuesto por el trazo quebrado de los curadores en cambio resultó extenderse por más de un kilómetro, lo que impone un tiempo de escucha mínimo de 30 minutos y uno promedio de 45 minutos, si decidimos pararnos en tres o cuatro de sus puntos intermedios, para realizar escuchas estáticas.

El primer paso del proyecto fue sensibilizar los oídos de los otros dos participantes, darles la oportunidad de usar su escucha como herramienta estética y como pretexto, como espejo, para sacar conclusiones o encontrar una veta específica, cada uno de acuerdo a su formación, a su personalidad, su oficio y su sensibilidad. El resultado de este trabajo ha sido la disposición de distintos tipos de escucha: la analítica (fenomenológica), la descriptiva (literaria), la reflexiva (filosófica), la constructiva (la creativa). Realicé un recorrido con cada uno de ellos explicándoles los preceptos esenciales de las investigaciones pasadas en torno a la escucha, la existencia de la fenomenología en la *música concreta* de Pierre Schaeffer, enfocada en una escucha puramente tímbrica; la *escucha antropológica social* de Murray Schaeffer, que intenta entender el entorno de acuerdo a los elementos de un paisaje sonoro, e incluso otro tipo de escuchas, algunas propuestas por mí, que exploran el interior y el exterior por medio de la transición entre estos dos tipos de espacios de escucha, o la *global y cuántica* de Pauline Oliveros (cf. Rocha Iturbide, 2014). Todo esto para poder tener algunas herramientas, a fin de que mis acompañantes pudieran sintonizar sus recorridos de acuerdo a sus oídos.

Algunas de las cosas que descubrimos al ser obligados a seguir un camino trazado en una zona de oficinas y comercios, central en la Ciudad de México, fue la posibilidad de realizar un desdoblamiento descriptivo del urbanismo y de la arquitectura causado por nuestros recorridos, así como el análisis antropológico de algunos de los sucesos, como las risas de la gente a las 6 de la tarde porque están saliendo del trabajo. Explorar lo público y lo privado, lo exterior y lo interior. La puntuación de la escucha de un fragmento de nuestra ciudad marcada por la sucesión de sus calles. Los inevitables tráficos automovilísticos,

constantes y de distintas densidades, en donde otros sonidos, contrastantes, se convierten en puntos esenciales que marcan y parten los recorridos.⁶

Se produjeron al final cuatro textos basados en tres recorridos distintos –dos míos y dos de los otros dos participantes– a los que intitulé de acuerdo al énfasis puesto en la escucha. Se generaron también una serie de dibujos y sketches de Arturo, quien fue incapaz de usar de manera coherente la forma de la escritura, teniendo que recurrir luego a su oficio de artista visual.

Del trabajo de Cinthya me interesó su reflexión experiencial teórica intercalada con la descripción de su recorrido. Su incapacidad de separar lo visual y lo sonoro, es una característica de la poesía concreta brasileña de los años cincuenta (del siglo XX), que constituye uno de sus temas de investigación. Lo inaprehensible y efímero de lo sonoro. Lo proxémico: escuchar el paisaje siendo parte del paisaje ¡no es lo mismo que escuchar su grabación en un momento temporal futuro y de manera descontextualizada! La escucha como actividad de involucramiento con una situación nos acerca a la estética de los *situacionistas* en los años cincuenta: el sonido ligado al espacio, al aquí y ahora, pero también a la temporalidad, pasado, presente y futuro en un mismo instante.

Del trabajo de Arturo me interesó la inevitabilidad del artista que no puede volverse investigador en el sentido no artístico. Arturo creó un constructo personal apoyado en el *alternativismo constructivo*, postulado filosófico planteado por el psicólogo norteamericano George A. Kelly de acuerdo con el cual cada uno atribuye un significado a cada experiencia como resultado de una construcción personal. Arturo escuchó principalmente las maquinas (los autos) y los ruidos de las construcciones de edificios y de las reparaciones de las calles, temas todos ellos ligados a su trabajo artístico personal, pero hay que destacar que las calles de la colonia Juárez y Cuauhtémoc, en nuestro recorrido, son en efecto –por lo menos en estos momentos– el reflejo de un México que intenta convertirse desesperadamente en un país del *primer mundo*; son el reflejo de un país en vías de desarrollo que no logra dejar atrás su subdesarrollo, la corrupción, la pobreza y la desigualdad.

6. En el texto de Cinthya leemos: “En un restaurante en la esquina de Río Volga y Río Tíber, un hombre vestido de mariachi afina su violín. Quedarse unos minutos allí es hacer un paréntesis de los motores que para entonces ya se han vuelto monótonos (*demasiado ambiente ciudadano*)”.

El recorrido de *Ghost Walker* pertenece a la urbe rural de mediados del siglo XIX, pero una urbe rural en el trayecto del poder, del emperador, una ruta ligada a su camino. En la actualidad, el Paseo de la Reforma “es nuestro Champs Elysées”, es la avenida del poder, la vena sanguínea principal, nuestra aorta, de la cual emanan distintas calles que la rodean, sus arterias secundarias.

En mi caso, uno de mis textos corresponde al primer recorrido que hice con Arturo, en donde le expliqué distintos elementos formales que podrían servirle como referencias para aprender a escuchar el paisaje sonoro que nos rodea, y que decidí transcribir para que el lector pueda conocer también estos métodos de escucha. En el otro texto, basado en mi segundo recorrido en el que fui grabando mi voz en primera persona, describo lo que iba escuchando, y me encuentro con varios problemas al intentar usar la palabra para suplantar el sonido.

Dejo pues al lector de esta revista, tan solo mis dos textos. Mi investigación entera que incluye también el trabajo realizado con García Leyva y Hernández Alcázar, será publicada próximamente en un libro con los trabajos de todos los demás artistas que fueron invitados a este proyecto y que yo mismo desconozco.

Manuel Rocha Iturbide, febrero de 2015.

La escucha analítica

Primer recorrido de escucha con Arturo Hernández Alcázar.

Martes 20 de enero de 2015. 3:20 p.m.

En el primer recorrido que hice junto con Arturo Hernández Alcázar fui analizando junto con él los distintos tramos del paseo. En el punto de partida, en el metro Sevilla y frente al restaurante La Ola Marina, pudimos escuchar los disímiles sonidos de los puestos, el taquero con el aceite friendo en el comal de acero y los sonidos de su cuchillo sobre la carne asada, los radios prendidos, las voces de los transeúntes. De hecho, desde mi primer recorrido con los curadores del proyecto me di cuenta tanto de la densidad visual como sonora del lugar, así como de la gran variedad de sonidos que existían, aunado el sonido de los frenos y motores de los microbuses y de los coches de un paradero de la avenida Chapultepec.

Estando en avenida Sevilla, ya cerca de Hamburgo, observé cómo los sonidos del tráfico de pronto desaparecían debido al semáforo. Estos son los cambios radicales de los espacios

sonoros que se dan debido al funcionamiento del tráfico en la ciudad. Le dije a Arturo que obviamente en una ciudad, y en espacios de comercios y de oficinas como éste, casi siempre iban a predominar en el paisaje sonoro los sonidos del tráfico. Estos se convierten en una constante de distintas densidades. En seguida, pasamos junto al cerrajero de Hamburgo, y recuerdo cómo en mi recorrido anterior no lo había visto, ¿tal vez caminaba por la acera del otro lado? En fin, me doy cuenta de que en cada recorrido íbamos a escuchar cosas nuevas que en otros anteriores no habíamos detectado. Esto se debe tanto al azar como a nuestra posición proxémica en el recorrido, así como al tipo de actividades que puedan estar realizando los personajes que están cotidianamente en los mismos sitios; los vendedores de los puestos callejeros, por ejemplo.

Nos desviamos por Biarritz a la derecha y entramos al súper coreano, en donde como siempre, los ruidos de los refrigeradores que conservan los productos predominan, al igual que las voces eventuales de la cajera y los coreanos que visitan el lugar. Pasamos luego junto a una planta de luz, o algo similar, con otro de los sonidos típicos que podemos encontrar en distintos lados de la Ciudad de México y de otras ciudades del país. Observamos que debido a la cantidad de puestos que existen en esta parte del recorrido, sus sonidos podrían constituir *leitmotifs*, “motivos conductores” que se repetirían en nuevas caminatas.

Al dar vuelta a la izquierda en Praga, notamos que por ser las 3:30 p.m. había mucha actividad en las calles. Es la hora de comer. De pronto escuchamos un sonido totalmente distinto, sin saber que era... volvimos a escucharlo y entendimos que se trataba de un *globero*, un vendedor de globos que emitía un sonido agudo, distinto de todos los sonidos anteriores. Estos sonidos son como *gestos* contrastantes, sonidos que nos encontramos muy pocas veces en las caminatas sonoras, y que parten los recorridos aurales: les dan puntos de referencia a una posible forma o estructura del tiempo total de escucha.

Arturo acaba de detectar el sonido de una coladera cuando un automóvil pasaba encima de ella, sus oídos han comenzado a abrirse. Le explico que a este tipo de sonidos que se repiten constantemente en un paisaje sonoro determinado, Murray Schaffer les llama *soundmarks*, y que son sonidos que identifican un lugar determinado. Luego le explico que también hay sonidos de la naturaleza en la ciudad, como los de los pájaros, sonidos de distintas densidades y de diferentes tipos que también varían drásticamente dependiendo de la hora del día.

Entramos a la iglesia, una de las grandes oportunidades de éste recorrido de hacer una pausa, un paréntesis, momentos esenciales en las caminatas sonoras; salir del espacio abierto público y meternos en uno ya sea público o privado, pero interno; un espacio en el que la acústica cambia de golpe, en donde todo se vuelve resonante, y en donde habrá menos actividad sónica, pero al mismo tiempo, en donde podremos seguir escuchando los sonidos de afuera a través de la puerta abierta; podremos mezclar el interior con el exterior. Este tipo de transiciones son muy importantes en una escucha estética de los paisajes que nos rodean.

Llegando a Reforma me doy cuenta de que tanto esta avenida como Chapultepec son los dos ejes de gran actividad sónica automovilística que involucran nuestro recorrido. Por la lateral de Reforma encontramos otro sonido de una planta eléctrica en un edificio en construcción. Reflexiono que el tema de estos edificios podría ser una guía en un determinado recorrido sonoro; es decir, que uno podría buscar específicamente esos sonidos, explorarlos acercándose a esas fuentes sónicas particulares. Hay muchas maneras de realizar un recorrido de escucha: nos podemos dejar guiar por el azar, por nuestro interés de ese momento, o podemos buscar tal vez explorar cosas determinadas que se encuentran en el recorrido.

Nos metemos a un cafecito para pedir dos expresos. Le digo que es la primera vez que escucho música clásica en uno de estos lugares. Este es un buen momento para describir lo que sucede con la escucha estéreo, un oído lo tenemos en el café y el otro en los sonidos que vienen de la calle; tenemos un estéreo drástico y contrastante, algo que a veces sólo se puede lograr cuando estamos en un espacio interno que da al exterior. En este caso, el café también se ha convertido en un paréntesis de nuestro recorrido.

Continuamos. En la lateral de Reforma pasa un helicóptero bastante bajo, con un sonido muy especial; otro *sonido gestual* que parte nuestro recorrido, que nos da un nuevo punto de referencia.

Cruzamos Reforma y, debido a tanta actividad que existe en esta zona, nos dan ganas de venir tarde en la noche o un domingo. Encontrar el extremo opuesto de esta actividad sónica intensa. Pasamos por el edificio de Mario Pani y le explico a Arturo que es muy lindo escuchar la ciudad desde patios o jardines internos, y justamente, el patio interior de Pani nos da esta oportunidad. Este edificio hubiera sido otro paréntesis, pero decidimos no entrar.

Se me ocurrió también que el recorrido podría hacerse por tramos, en horas distintas y en días diferentes de la semana; esta sería una opción específica de una escucha, por ejemplo,

sería un recorrido dividido en distintos fragmentos temporales. De este modo uno puede ir imaginando cómo editar el recorrido, pero en tiempo real. Es como una composición musical con distintos movimientos: el movimiento 1 es el día tal a la hora tal, el 2 otro día a otra hora, y así. Podemos tener tantos movimientos como queramos, o un sólo movimiento, pero en distintas composiciones, cada recorrido sería una composición distinta. Podríamos pensar tal vez en un tema y variaciones, ¿pero cuál sería el tema? ¿los sonidos constantes que siempre se repiten? En el caso de este proyecto sólo puedo imaginar los automóviles.

Ya en la calle de Río Tíber, escucho a los automóviles desfilar rápido, es la primera vez que los oigo pasar a esta velocidad. Vamos al lado de un restaurante con música repetitiva muy fuerte. Los ruidos de los autos se vuelven muy intensos. Río Tíber podría ser otro eje importante en cuanto a ruidos automovilísticos y de tráfico. En ese momento observo que llevamos 30 minutos caminando, y que un recorrido promedio parándose dos o tres veces podría ser de 45 minutos, justamente lo que hice en el siguiente recorrido yo solo. Es decir, este recorrido de *Ghost Walker* tiene un tiempo natural de escucha, es una obra sonora de 40 a 45 minutos de duración.

Arturo recuerda que cuando era niño, la ciudad estaba llena de carcachas que sonaban: *kla kla kla*, y cierto, ya no hay carcachas. Yo en lo personal no recuerdo tanto esos sonidos. De regreso por Río Tíber estamos al lado de un restaurante escuchando con una oreja los platos que se recogen y lavan, y con la otra al edificio del otro lado de Reforma, en construcción ¡Los sonidos de lo más alto del edificio que llegan hasta acá!, es una escucha estéreo única, impresionante, de las pocas que he experimentado con estas características. Un oído pegado a sonidos cercanos, y el otro a lejanos, pero ambos se escuchan muy bien.

Pasa de nuevo un helicóptero. Ahora recordamos lo que llevamos del recorrido y hacemos una síntesis: comenzamos con ruido de tráfico leve, y mucha gente hablando, más los sonidos de los puestos, gente hablando, ese es el lugar con más variedad. Al dar vuelta a la izquierda en Sevilla, poco tráfico porque los autos estaban en alto. Luego de nuevo a la derecha en Hamburgo, un tráfico mediano tirándole abajo, es una calle pequeña. Allí disminuyen los puestos, pero siguen siendo importantes. Lo que hemos encontrando de manera constante son las construcciones, el *leitmotiv* más importante de este recorrido. Al final, vuelvo a detectar como nos topamos con densidades muy distintas de tráfico de automóviles, distintas texturas que iban de nada de tráfico –las menos–, a varios tráficos medianos e intensos.

La escucha descriptiva y literaria

Comienzo mi recorrido hoy lunes 9 de febrero de 2015, a las 17:47; es decir, la hora de la salida de la gente del trabajo. Estoy afuera del restaurante La Ola Marina en donde a pesar de haber un altavoz en la entrada, no suena. Nunca me he metido a La Ola Marina. En lo que intento ingresar, escucho los sonidos de los puestos de enfrente, un policía que pasó con su *walki talki*, alguien llamándole. La licuadora de los jugos, música en uno de los puestos, todo siempre con mucha densidad... Ahora, gente hablando por teléfono. Sigo caminando entre los puestos. Escucho voces que pasaron cerca de mí. Otro radio, pero más bajito, en un puesto de tacos. El microbús que está justamente estacionado aquí, y que de pronto arranca. De tráfico y de coches, nada, no se escucha nada.

Ahora sí, entrando a La Ola Marina por primera vez. Aquí sí se hace presente el sonido de la bocina junto con el de los cubiertos de la gente. Bueno, al final fue salir de una densidad para entrar a otra. Muy densas las texturas sónicas de este restaurante de mariscos. Salgo de nuevo y escucho más radios prendidos en los puestos que de costumbre. Como siempre, el sonido del radio de un puesto se mezcla con el otro, y luego ese otro con el otro y así sucesivamente según voy avanzando. En este momento se mueven los coches de la avenida Sevilla. Un merolico exclama: *-¡lámparas!, ¡mecheros!* Gente hablando que pasa detrás de mí. Unos cuates platicando atrás de una mesa en Gil y Pollos, pollería que está justamente en la esquina.

Me encuentro otro puesto de jugos. Creo que hoy la densidad está mucho mayor que las otras veces que hice el recorrido. Podría ser seguramente algo similar que a las 8 de la mañana. Bueno, estoy ya caminando por la avenida principal, Sevilla, gente hablando, otra vez un radio... pasan los coches. Un punto sónico separado, de un freno de un coche; gente hablando, el motor de un microbús parado. Ya pararon los coches, finalmente... A unos 15 o 20 metros de haber avanzado por esta avenida, me encuentro con el último puesto de cigarros, chicles y dulces, y con otro radio prendido. ¡Ya!, el silencio en la calle es muy grande. Descanso de esa pasada densidad y hasta disfruto las voces de dos chicos adolescentes que pasan, e incluso del bastón de una mujer joven que debe de tener un problema en el pie (sonido rítmico que pasó demasiado rápido). Las voces que siguen de tanto en tanto, una bicicleta que circula, con su propio freno (curiosamente no hay tantas). Gente hablando,

algunos cláxones de coches; el motor de un microbús, voces, contrapunto menos denso. Una señora corriendo, el ruido del micro al acelerar... avanzan los coches y de nuevo se vuelve denso el ambiente sonoro. El ruido viene de la avenida principal.

Ya, finalmente en la esquina... este es el típico ruido de tráfico. Ahora me concentro para tratar de cruzar la calle... doy vuelta a la derecha, en la esquina del Fedex. Por la nueva calle, Hamburgo, pasa una camioneta que hace ruido, por los metales que trae arriba. Justo hace poquito tosió un trabajador. Ruido muy disperso, de los pocos coches que pasan. Pasos. El ruido de unas cajas de Coca Cola que carga un cocinero.

Es inevitable no poder dejar de lado lo visual. En el momento de tratar de explicar todo lo que oigo, lo visual se vuelve más presente. Es una nueva experiencia, sinestésica digamos. El ruido de la escoba de una señora. Las monedas de un tipo que suenan al entrar por el orificio de un parquímetro. Alguien arrastrando una caja de hielo. Voces de las chicas que están limpiando la salida del restaurante. El ring de un teléfono, imitación de antiguo. Un señor que contesta: *-¡Bueno!... ¡Maira... bien!*, dice. Como siempre, dar vuelta ahora a la derecha en la callecita de Biarritz, para evadir un poco el curso, es escapar de este recorrido trazado por los curadores, mi travesura. Hubo muchísima más actividad en la calle por la que venía. Como siempre, ahora estoy atraído por acercarme a este supercito coreano en donde cocinan. Ya entré para ver que venden, y me topo con el sonido de los refrigeradores, con todas estas cosas coreanas preparadas con chile, que son riquísimas. Y aquí está la carne, los sonidos de los trastes, una mujer hablando en coreano. Todo este sonido... me dan ganas de quedarme aquí mucho tiempo. *-Aachhu!*... el sonido de un estornudo mío, y bueno... voy poco a poco regresando a mi recorrido obligado, de nuevo en Hamburgo. Ahora, el sonido del viento sobre las hojas, y tal vez lo escuché porque las estoy viendo, de otra manera no lo hubiera percibido.

Alguien me llama por teléfono y no contesto, son las 17:58 ¡han pasado sólo 11 minutos desde que comencé mi recorrido!... Cruzo la calle de Hamburgo. Oigo voces de gente, el ruido de una sirena. Estamos escuchando muchísimo discontinuo, poquísimo tráfico, pasos de gente muy leves. Como siempre, esta es una de las calles menos densa sónicamente. Las placas de metal que ponen arriba de los hoyos que suenan: *tak tak*, de vez en vez, cuando los coches pasan por ahí.

Dos minutos después, a las 18 horas, doy vuelta a la izquierda, en Praga. También coches que pasan, pero de manera más continua... Mi caminar es casi sincrónico, aunque

me pasen los coches con un ritmo más rápido, y de una manera bastante silenciosa. Justo paso junto a la galería Tlacual. Y de pronto dejan de pasar los coches. Se oye un sonido de una frecuencia clara, lejana, creo que tiene que ver con la construcción del edificio alto del lado derecho, sobre Reforma. Pasa otra bicicleta. Vuelven a pasar los coches. Continúo caminando por Praga, acercándome ya a Tokio. Dos voces platicando, una chica que le habla a un tipo. Otra vez el *¡taaaa!* Esta nota, larga, primer sonido frecuencial. Una coladera, y dos coladeras. Otra coladera más.

Los pajaritos que siempre cantan en esta zona, no son nada nuevo, pero es muy agradable. Una chica que dice: *–Ay Dios mío...* El sonido del estacionamiento de un edificio, nuevamente una especie de máquina de aire acondicionado o algo así. Como siempre, vamos a entrar a la iglesia... Entro a las 18:02, no sé cuánto tiempo voy a estar allí. Es el primer día en que no hay nadie. Conforme voy entrando suena un *drone* (ruido armónico de fondo), y atrás el tráfico. Ahora sí, me siento... Suenan frecuencias de los coches atrás de mis oídos, frecuencias cortas como de frenos... Un claxon toca, cuatro veces cortas, y una más, y una más. Sigue el *drone* adentro de la iglesia. Los demás sonidos de la calle son muy pequeños, hay voces de gente. Escucho un sonido continuo: *¡tak, tak, tak!* Casi un segundo, menos, más rápido. Voces de gente... Me levanto y voy para afuera... para encontrarme con las voces de la gente, y los sonidos de los pájaros, sonidos bastante fuertes. El sonido al pasar un coche, y luego el otro, cada dos segundos... Los pájaros continúan. Gente que sigue hablando... la gente ya relajada, platicando. Unos hablando por su teléfono celular. Ruidos de unas botas. Digamos que volvió a hacerse denso y contrastado el sonido en esta parte de la caminata...

Pese a que entré a la iglesia, seguí escuchando cosas a lo lejos, muy sofisticadas... El motor del microbús, parado aquí en la lateral de Reforma. Me acerco, cada vez más fuerte, avanza el microbús. Cruzo Praga para agarrar la lateral de Reforma. Una señora que habla por teléfono... el sonido del tráfico es más intenso porque está circulando mucha gente por la lateral. Oigo muchos coches... una moto con el sonido de su escape... un freno larguísimo... como que escucho pájaros pero no los logro distinguir claramente... y frena una moto, *ti ti ti ti ti, ti...* Paso al lado del Andersons y no sé dónde voy a cruzar Reforma, pero ya la voy cruzando. Pasó una moto, ¡un ruido fortísimo! Ahora veo muchísimas motos, ¡a esta hora! Nuevamente los metales esos que ponen arriba de los agujeros por las reparaciones en las calles: *¡tuk lok, tuk lok!... ¡tuk lok tuk lok!*

Utilizo onomatopeyas para describir los sonidos, como el de este pájaro: *piuuuuuu*, *piuuuuuuuu*, *piuuuuuu*. Quiero cruzar, pero como que no es el lugar para hacerlo, sin embargo me arriesgo, y, una moto nuevamente vuelve a pasar. Hay un barrendero a unos veinte metros a mi izquierda. Ya estoy sobre el otro lado de Reforma. Una risa: *¡-ja ja!*... el tráfico mucho más leve que del otro lado del antiguo Camino Real de Maximiliano.

Camino hacia el Ángel. Vienen pasando los coches, muy pocos, es un sonido muy suave... Los pajaritos: *¡piririri, piririri!, prrrrrrrr*. Y otros más lejanos del lado derecho: *Piu piu piuri titiu, piii piuuu*. Y un claxon: *¡titititi, piau!* Nuevamente, automóviles... pasando suavemente sobre el pavimento, ¡pero ahora son muchos! Vienen sobre Reforma con dirección al metro Chapultepec. El viento empieza a sonar fortísimo. Sobre una palmera chaparra. Y... un árbol. No me había dado cuenta que estaba el Mikado aquí, justamente, en el edificio de Pani. ¡Claro! el Mikado está en la esquina. Un claxon: *¡Paa!* Joder, no puedo cruzar. Me arriesgo, cruzo. Una bicicleta... entro a la callecita en donde está el Mikado. Para aventurarme adentro del edificio de Pani.

Me encuentro la puerta de la cocina del restaurante, que da a la calle. No se oye casi nada.... *-Todo bien*, dice alguien... Murmullos... los ventiladores del Mikado sonando suavemente. Es el primer sonido de un motor o máquina que no sea un automóvil, que me topo el día de hoy. Estoy parado junto a él mientras escucho el tráfico de los coches, leve, muy leve, y parece que hay un cuidador en el edificio de Pani, Guadalquivir 109. No, pues no. No entro porque... ¡Un claxon!: *¡piii!*...

Mientras más camino a la mitad de Guadalquivir, el tráfico casi inexistente de los coches cambia mi audición, hace que me concentre más, pero hay gente hablando detrás de mí. Una risa: *-ha ha ha ha ha ha...* ¡*Ahaha!*, sigue la risa. Un señor que escucha el radio de su coche mientras está parado en doble fila, una canción ranchera. Otro señor en su celular: *-¡Sí, sí sí!*... Parece que al final sí puedo entrar al edificio, por Guadalquivir 105. ¿Será todavía el edificio de Pani? ¿o ya no?... ¡*Pau pau!*, un claxon. Hay alguien hablando en el fondo del pasaje. Obviamente, la resonancia de los sonidos los vuelve distintos. Me encuentro con una serie de negocios... ¡ah! era alguien en su celular.

Me doy vuelta a la izquierda, hay unas copias, un internet. *-¡Ya lo viste!*, dice alguien que está hablando en su celular. Entro a un negocio, un pequeño lugar abierto, me asomo. Es un café, también con un radio prendido, con una canción pop mexicana comercial fresona. Y

los empleados, hablando, contando el dinero de la caja. Unos tacones pasan, pero, otro radio en la cocina de otro negocio en el lado izquierdo me distrae...

Finalmente puedo entrar al patio del edificio de Pani, pero por el otro lado... y a la hora de entrar, ¡logro encontrar un silencio!, probablemente más silencio que en ningún otro lado del recorrido. Vale la pena concentrarse –casi no hay tráfico en Reforma– sonido, ¿como de un trabajador de un edificio? Unos pasos súper leves... otra vez el sonido de las planchas: *¡tok tok, Pau!*, un claxon, y un sonido de fondo muy lejano. Entra gente al edificio. Y yo, decido salir por la entrada principal. No, mejor por donde entré... por donde entré pero me voy a seguir derecho, hasta la otra calle. Ya no es Guadalquivir, sino la que la cruza. Vienen entrando unas personas al edificio, que hablan muy fuerte!... Mi recorrido de regreso resulta totalmente distinto. Estas voces nuevas resuenan en la caja acústica del edificio de Pani. Dos guardias en la entrada de este lado del edificio, que platican, y es Volga 80... También los que entraron por un lado, salen por este otro.

–*Buenas tardes*, le dice una chica a los guardias, y yo salgo hacia el lado derecho mientras que ellos se van por el izquierdo... –*He he he he!*, hace una chica. ¡Cuántas risas!, ¿será que la gente terminó su día y entonces se pone contenta, feliz? (Qué bien de pronto poder terminar todos los días a una misma hora y ya no tener que preocuparse por nada). Doy vuelta por Guadalquivir a la izquierda, los coches pasando lento... y doy vuelta a la derecha en, ¡Ay cabrón!, un coche en sentido contrario casi me atropella.

Doy vuelta a la derecha en... según yo, la calle que debo seguir, la que está a un lado del gran edificio a la derecha, obviamente no es Volga... No, creo que sí, es la continuación de Volga. El viento ahora se estrella contra mi cara y suena intensamente... y un poco en los árboles, pero sobre todo en mi cara. Me pega constantemente... *pi pi pi pi pi pi pi pi*. ¿Era un coche? *Pi, pi, pi pituiu pi pi, pi. Pi pi, pipiri, pi pi, tui tui!*... *Tuiti, tuiiiti, tuiiti tui*. Ya no sé si alguno de esos sonidos fue un coche o siempre fue el pájaro...

Otra vez el aire pegando intensamente en mi cara... un coche ¡detrás de mí! *Tui tui tui tui tui tui*... una señora hablando en su celular. Un señor que le dice a un taxista parado en doble fila: –*Ya no tarda, ya no tarda!*... –*Ya!*, dice en su celular otra chica. Conciertos de voces. Salen del estacionamiento del edificio inmenso a mi lado derecho. –*Ha ha ha!*, otra chica más. Y hablan los que salieron a mis espaldas. Y otros: –*la somi, no te dejé la somi*, le dice al taxista. –*El sábado te la dejé güey!* –*No mames, ¡ya la perdiste!*...

YeEEEEEEEEEE, un sonido agudo. *Aaaaaaaaaaaaaa*, puede ser un sol sostenido del registro medio... Y luego el *priiiiiiiip, yuiiiiiiiip, yuiiiiiiiip*, repetidamente, varias veces, del silbato de un policía de tránsito... con los sonidos de los coches pasando arriba de las coladeras o algo así. Una tele prendida con música de banda. Nuevamente voces, alguien haciendo ruido con una bolsa de basura gigantesca. Y doy vuelta a la izquierda, finalmente, en Río Tíber.

Estoy al pie de una construcción, y claro, aquí esta avenida grande tiene muchos coches avanzando sobre ella. Paso por la entrada de un estacionamiento, me meto un poco, y *¡zas!*, se escucha lo hueco del espacio. Vuelvo a salir, alguien tosiendo. Es la segunda tos que escucho el día de hoy... Y el ruido de la construcción: *traca taca taca taca taca taca taca!*, y no para: *taca taca taca taca taca taca taca!* Los coches pasan con una intensidad mucho mayor y el *traca taca taca tá* se intensifica. Es un trabajador rompiendo el piso con esas máquinas. Un señor: *–Y no sé, no sé quién tie...* en su celular. Cesa el taladro, finalmente.

Paso al lado del bufete El Mexicano. Siguen los coches. Aquí hay bocinas pero los coches son tan intensos que casi ni escucho la música... Otra vez empieza el *taca taca taca tá!* Los coches son más fuertes. *Buam buam buammm*, una moto que pasó. El sonido de los autos es totalmente continuo, y no paran, van uno después del otro, dos por segundo.

Paso justo al lado del *taca taca taca tá!* de la máquina, ¡no es agradable! No me gusta escuchar eso... Llego a la tienda de filatelia. Está abierto pero no quiero entrar, voy a tener que hablar con ellos y hoy no tengo ganas de entrar a espacios privados-públicos. Sigue el traqueteo del *traca taca tá!* Voy a regresar. No debo llegar a la otra esquina, pero voy a cruzar, lo malo es que si cruzo ahora voy a pasar demasiado cerca de ese traqueteo constante... pues ni modo... ¿Cruzo la calle Río Tíber para seguir por Volga? Paso justo al lado del taladro que tapa todo lo demás. Escucho también el motor de la planta eléctrica, y sigue, de vuelta otra vez, y hay polvo, el ruido, el polvo y el tráfico, todo junto, no me gusta nada de esto... ¿Hay un Oxxo o Seven Eleven?, no me importa, voy a entrar.

Ay, es como aislarme un poco del ruido. Respiro, me voy a comprar un agua. Hay un sonido que hace, *–ñaaa ñaaa, ña ña ña ña ña ña*. Es un refrigerador. Es curioso, es como si hablara. Como si se quejara. Hace: *–trrarararara!. asidididá!* Mientras se escucha un radio, pero esto está mejor que el sonido de la calle, ya no lo aguataba. Voy a llevarme un agua Bonafont de nueve pesos. Abro el refrigerador y lo escucho, hay un ventilador, un extractor, finalmente hay mucho sonido aquí: el radio y el sonido del taladro que se sigue

escuchando afuera, ¡no puedo descansar!... Me cobra la cajera, y ya le digo gracias, y otra vez vuelvo a escuchar el refrigerador que se queja, y otra vez el *Traca taca taca taca taca!* Salgo y al fin voy a poder dar vuelta a la izquierda, ¡escapar!, ¡escapar por favor! Es la última calle, la que me lleva a la embajada.

Hay coches que pasan de manera constante. Gente que habla detrás de mí. Estoy junto a La sonorita, carnes al carbón. Hay música a todo volumen: pop gringo. Otro señor hablando en su celular... coches que pasan de manera constante... Estoy cansado, ya no quiero oír más, quiero terminar el trayecto. ¿Curioso no?... No quiero que sea más largo este trayecto... Casi casi que me dan ganas de meterme en una calle en donde no haya ruido, aunque sea unos metros para escapar poquito ¿Y si lo hago? ¿Se vale escapar un poco no?... en Río Po. Doy vuelta en la esquina de Río Po, en donde ahora sí, no pasa ni un solo coche...

Me acerco a una construcción. Sí, no pude escapar totalmente porque están pegándole a algo. Una construcción de una casa. –*Tan Tan Tin Pan Pan Pan, Tacán, Tacán, Tacán. Tac tá, Tac tan, Tacatán!*. Bueno, no quiero seguir más para allá. Oigo un aparato, –*yuiii- yon, yuiyon! schhfffff schhfff. Tac tán!, pá!* Unos sonidos muy interesantes, de un continuo, pero desordenado, ¡increíble!... Noto un coche prendido aquí, parado. Por lo menos fue algo distinto, nuevo. Otra vez los coches, ¡ya por favor!...

Espero que al llegar a la calle de la embajada americana cambie la situación... Alguien que pasó en su coche hablando: escuché su voz desde el coche, con un efecto doppler. La señora que tira una cubeta de agua en la coladera. Otro coche que pasa. Aquí pasan pocos autos, pero pasan, ahora están volviendo a pasar. Ahora tienen el siga. Una moto. A esta hora hay muchas motos... Un señor pasa, y hasta que se acerca a mí, logro escuchar el leve sonido de sus zapatos... Y ahora escucho al lado de la entrada de un edificio del hotel Sheraton, un radio transmisor con los que se comunican los guardias. Y aquí al lado, pasando por el Extra, un taxista con su radio prendido... Finalmente llego a Río Danubio, junto a la embajada, y me topo con los pájaros de un árbol. Mucha actividad pajaril: *Yuiiyeichuiye Yuiiyeichuiyeii, yieiuuuooo*. Creo que es una manera muy torpe de describirlos...

Un coche que abre su puerta. Salen dos personas. Se escucha de nuevo el *Tac Tac!* el *ground noise* (ruido de fondo), más fuerte que en el edificio de Pani, pero es muy parecido... muy parecido... El viento. Me alejo de los sonidos de los coches de atrás. Ya estoy casi a la mitad, entre la calle anterior y Reforma. Por lo que ¡me escapé ya!... Entro en un oasis de

